



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Integración y cultura

Autor: Wey, Valquiria

Forma sugerida de citar: Wey, V. (1991). Integración y cultura. *Cuadernos Americanos*, 5(29), 98-104.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año V, Núm. 29, (septiembre-octubre de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R.© 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

INTEGRACIÓN Y CULTURA

Por *Valquiria WEY*

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

EL 16 DE ENERO DE 1816 partió del puerto del Havre rumbo a Brasil un bergantín americano, de sólo tres mástiles, llamado Calpe. Llevaba a bordo un grupo de artistas, de intelectuales y artesanos que llamaríamos hoy técnicos, con sus mujeres e hijos, ayudantes y criados. Todos ellos habían sido figuras relevantes en la vida cultural de la Francia bonapartista y emigraban a Río, decepcionados y desplazados por la Restauración. Los embajadores de don Juan VI, el rey portugués exiliado en Río, políticos ilustrados y pombalinos, propiciaron la expedición y convencieron al príncipe de apoyarlos. A cambio, llevarían al pequeño Río de Janeiro provinciano y confundido con la llegada intempestiva de la Corte portuguesa, el beneficio de la enseñanza y la práctica de las Bellas Artes. El jefe del grupo, Joaquín Lebreton, era miembro del Instituto de Francia, y el recientemente destituido director de la Academia de Bellas Artes. Su suerte y la de los demás había sido decidida por su amigo Humboldt, el viajero alemán, quien conocía sus atribuciones y sugirió su nombre al Embajador de Portugal en París, el Conde da Barca. Los demás eran pintores, escultores y grabadores de renombre: Nicolás y Augusto Taunay, Debret, Pradier, el gran arquitecto Grandjean de Montigny y un músico, Segismundo Neukomm. Con los años algunos murieron en Río y otros regresaron a su país. La familia de Nicolás Taunay se estableció para siempre en Brasil y sus descendientes han sido escritores, artistas y políticos brasileños. Los franceses fundaron y dirigieron la Academia de Bellas Artes, fueron maestros de pintura, escultura y grabado. Grandjean proyectó el Jardín Botánico, plazas, fuentes y hermosas casas, y de un salto colocó a la arquitectura de Río en el camino de la edificación del siglo XIX. Los hermanos Ferrez, escultores que se unieron a la Misión dos años después, fueron, ya mayores, fotógra-

fos de genio y nos dejaron el más rico repertorio de imágenes de la ciudad y sus habitantes. Para mediados de los treinta, 1830, todos, a excepción de los hijos de Nicolás Taunay, de los Ferrez y de G. de Montigny, habían regresado a Francia o fallecido, como Lebreton en 1819, acosado por su resentimiento bonapartista y por el cónsul francés en Río, quien lo imaginaba mucho más peligroso de lo que realmente era.

Nicolás Taunay, que tenía muchos hijos y además fortuna personal, logró comprar terrenos inmensos en uno de los lugares más bellos del planeta: la floresta de la Tijuca, un escenario que sólo un lector de *Pablo y Virginia* podría aquilatar en lo que vale. Taunay, que tenía probado buen gusto para elegir casa, era el propietario, en las afueras de París, de la famosa finca en Montmorency, donde Rousseau escribió sus principales obras. Allí se había refugiado, en los negros días del Terror, de su enemistad con David, su influyente colega. La lección del maestro Rousseau estuvo presente en la Tijuca, con las casas disimuladas en medio de la vegetación, los miradores, las caídas de agua. Poco a poco se reúne en la Tijuca un grupo significativo de emigrados y residentes franceses, ilustres y ricos: la Baronesa de Rouan, el Conde d'Escragnolle, el Conde de Scey, el Príncipe de Montbéliard, la Condesa de Roquefeuil, su primo, el Conde de Gestas, pariente de Chateaubriand. Allí, dice Antonio Cándido, profesan el culto, a la moda del novelista, a la belleza húmeda y fulgurante del paisaje carioca, y en ella se inspiran para poemas y cuadros en los que la masa de la vegetación, la niebla de las cascadas, el cielo rutilante, aparecen tratados con un nuevo movimiento.

A lo lejos, allá abajo, hervía un mundo diferente al de esta Arcadia prerromántica. El mundo de una pequeña ciudad colonial, con sus calles fangosas congestionadas por el tránsito de la burocracia portuguesa, el tráfico de esclavos, las conspiraciones políticas que desembocarán un día, no tan lejano, en la Independencia. Un mundo de calles angostas y sin empedrar, de casas de adobe y pequeñas iglesias barrocas, muelles y depósitos de mercancía. Barrios alejados como el Flamengo y Santa Teresa, donde se construyen aprisa casas dignas de los Príncipes y su Corte. Un mundo de mestizos, artesanos y algunos señores. Río podría ser, imaginan sus habitantes prominentes, como París o por lo menos como Lisboa, pero no lo es. Las modas europeas mal encubren una realidad que no se deja vestir. Debret, uno de los artistas de la Misión, dejó el registro iconográfico más auténtico y sabroso de esa duplicidad, que un en-

sayista de nuestros días llamó de comedia ideológica. En uno de sus grabados nos muestra una próspera familia yendo a misa. Al frente el padre exhibe un vientre patriarcal bajo una casaca a punto de reventar. Le sigue una esposa vestida a la última moda del Directorio, que en balde intenta conciliar con un mantón portugués que le cubre la cabeza. Igualmente acicalados los siguen los niños y una fila descendente de amas, mucamas y negritas enjoyadas sobre faldas y batones africanos. A excepción de los negritos, todos, prolijamente calzados, caminan de puntitas sobre el lodo de la calle.

El pudor liberal, que no admitía discrepancias con la vida europea, no consistió muchas otras imágenes como la que acabo de describir. Una novela única, *Memorias de un sargento de milicias*, recupera íntegramente este mundo de artesanos, comerciantes, libertos, clérigos, barberos, celestinas, soldados y malandrines. La lección integradora, desde un punto de vista cultural y mental de esta obra, que se mantiene como un ejemplo de literatura marginal y pícaro, sólo será comprendido muchos años después, por el gran Machado de Assis, en un gesto claro de romper con el escenario de la novela romántica.

Nuestros historiadores de la literatura, con más o menos énfasis, señalan la vinculación entre la influencia ejercida por el grupo francés en los románticos brasileños. Aunque la Misión, como tal, se desintegra por 1830, fecha anterior a los primeros poemas románticos que son de tema indianista, los franceses han plantado, en forma de alumnos de la Academia, tertulias, la semilla de sus ideas, o más bien de la idea de lo que debe ser el arte en un país joven que necesita una literatura propia, de tema original, lo que hoy llamaríamos de proyecto nacional para la literatura y las artes. Veamos los datos que pueden ser significativos.

Theodore Taunay, hijo de Nicolás, escribe, en latín, unos *Idilios Brasileños*, donde canta al joven príncipe D. Pedro I, a la Independencia, la naturaleza, etc. Su hermano, Félix Émile, se apresura en escribir una traducción paralela al francés. En 1823, Edouard Corbière, padre de Tristán Corbière, el poeta, capitán de la marina mercante y autor de novelas marítimas escribe, en francés claro está, unas *Élégies Brésiliennes*. Éstos son los primeros poemas prerrománticos, dice Cándido, que tratan sobre el indio brasileño. Por primera vez aparece el personaje del indio según el diseño indianista ya señalado por Chateaubriand, en Brasil: son nobles, son independientes y prefieren la muerte a la vil esclavitud. Entre 1817 y

1821 vivió en Brasil un famoso viajero, Ferdinand Denis, conocedor del mundo lusitano y de la lengua, que fue sin duda el primer "brazilianist" en el sentido contemporáneo. En medio su extensa obra descriptiva pasó casi inadvertida una novela indianista sobre indios brasileños, *Les Machakalis*. Al contrario de Corbière y de Taunay, era un autor muy leído por los jóvenes brasileños cultos y sin duda tuvo una gran influencia sobre ellos. Entre 1822 y 1823 estuvo en Brasil Eugene de Monglove, un escritor muy prolífico y traductor, que virtió al francés dos obras fundamentales de la literatura brasileña: *Marília de Dirceu* y *Coramurú*, un poema de tema indio. La divulgación en Francia de estas traducciones y su éxito produjeron una rara y larga novela de Daniel Gavet y Philippe Bouchet. El primero vivió de 1818 a 1825 en Río, entre los siete y los catorce años. La novela, un tesoro bibliográfico, fue publicada una única vez en París en 1828 y se llama *Jakaré-Ouanosi ou Les Toupinambas*. "Su gran inspiración, —dice Cándido, que fue el primero en conocer la obra— es Chateaubriand; el modelo inmediato, Ferdinand Denis, de quien tomó la sugestión escrita en su "Resumé de l'histoire littéraire du Brésil", de desarrollar el conflicto entre el donatario de Bahía y los indios. Por primera vez, sigue Cándido, encontramos el aprovechamiento sistemático, para la ficción, del testimonio de los viejos cronistas franceses de los siglos XVI y XVII, Thevet, Léry, D'Abbeville. Como nota curiosa señala dos hechos. El primero: que el héroe indio del *Jakaré* se vacía en el molde del paladín medieval, frente al indio de Chateaubriand que tiene un perfil homérico. El segundo: Gavet habla de los sacrificios humanos y del canibalismo con comprensión y hasta valoración. Nuestros novelistas románticos indianistas van a escamotear, con la vergüenza criolla que los caracteriza, cualquier referencia a este hábito peculiar de nuestros antepasados.

Del grupo de franceses de la Tijuca, más los que llegaron a Río, como el Capitán Corbière, ¿cuántos indios, reales, habrán visto en la ciudad o en las proximidades de ella? Los indios tupís se alejaron de las costas para siempre después del siglo XVII. Debret, que todo lo que ve lo registra, nos muestra profusión de africanos, mestizos y portugueses en sus escenas de Río y los indios sólo aparecen en sus dibujos que documentan sus viajes lejos de la costa. Es cierto que Chateaubriand les ha enseñado las posibilidades protagónicas de Atala, pero ¿no lo habrán elegido, antes que los propios novelistas brasileños, como héroe justamente porque no lo vieron o lo vieron muy poco? En la respuesta a esta pregunta va implícita

la necesidad de la búsqueda de un héroe que represente a la nueva nación en la modalidad de la clase social responsable por la Independencia y que necesita proyectar sobre sí, y no sobre el indio, una imagen cargada de idealizaciones.

Alrededor de 1834, varios jóvenes brasileños de familias patrias realizan estudios en París, donde asisten a las conferencias del Instituto Histórico. Ferdinand Denis es uno de los conferencistas, e impresionados por el conocimiento que éste tiene del Brasil, los jóvenes se le acercan y le solicitan orientación para realizar algo importante por su país en el terreno de la cultura. Denis les recomienda aquello que ha expuesto en su obra: Brasil necesita de una literatura con temas que le sean propios, que utilice los mitos indios, que explore su verdadero origen. Los jóvenes, Porto Alegre, Pereira da Silva y Gonçalves de Magalhães, se reúnen y fundan, con el generoso patrocinio económico de un compatriota, la revista *Niterói*, en 1836, de la cual ven la luz dos bellísimos números en la misma ciudad de París. Gonçalves de Magalhães, líder del grupo, fue quien tuvo la intuición de terminar de definir una nueva literatura en Brasil que fuese al arte lo que la Independencia había sido en la vida política y social. Produjo para el primer número el "Ensayo sobre la historia de la literatura en Brasil". Los dos números tienen mejores y más interesantes artículos, pero ninguno tan significativo como aquél donde se explica lo que debe ser la literatura nacional y, ante todo, el ideario de la novela y la poesía indianista.

Del viaje del Calpe a la revista *Niterói*, de la Tijuca a París, se forja en la élite brasileña una idea de la literatura y de la representación nacional que no pasa por las calles de Río ni por las escenas urbanas o campestres de Debret. La integración de todos estos mundos, reales y mentales, es una conquista ascendente de nuestra literatura contemporánea, que resuelve arduamente sobre el papel, en el trabajo de la forma y de la lengua, aquello que en nuestra vida política y social nos es mucho más difícil solucionar.

Decía Alfonso Reyes, con el humor que lo caracterizaba, que Rousseau se paseaba por los bosques esperando recoger ideas como quien recoge hojas. No es difícil imaginar a los miembros de la Misión, en un almuerzo campestre en casa de los Taunay, paseándose al atardecer entre árboles y cascadas, esperando recoger, junto con una inmensa jaca, la respuesta del enigma de la voz panteísta del trópico. Si alguna vez la exótica fruta les cayó a los pies y se abrió, les reveló lo mismo que a Rousseau, que el indio, el hombre natural, había sido inventado en Francia, en las afueras de París.

Los someto, para terminar, a una gran elipsis de tiempo y de historia literaria. En ese lapso silencioso incluyo toda la novela y la poesía indianista que se escribió en Brasil, de Gonçalves Dias a la última novela de José de Alincor, en 1875. Esta elipsis me permite terminar con una observación que a mí me parece curiosa y pertinente para un evento sobre el Quinto Centenario: ninguna de las novelas indianistas hispanoamericanas y brasileñas del siglo XIX tuvieron lugar, en espacio y tiempo, después de los primeros años del siglo XVII. El indio, recuerdan su bravura y la grandeza de su civilización, le parece al escritor del XIX latinoamericano una raza realmente extinta y legendaria de la que sólo quedan monumentos arqueológicos y osamentas. Esto le permite hacer al narrador indianista un curioso deslinde de responsabilidad histórica en la que el conquistador portugués y español llevan la peor parte y el pensamiento liberal-romántico sale aliviado y ajeno a una responsabilidad que no sabe resolver. Distante en el tiempo y en el espacio de su contemporaneidad, el indio de la novela del siglo XIX es un personaje exótico, sobre todo para nosotros, o en el mejor de los casos una entidad alegórica.

Me ha dado gusto exponer ante ustedes, esta mañana, un relato descriptivo y muy breve del viaje de la Misión Artística Francesa a Brasil en el siglo XIX.

Los participantes de la Misión, palabra que preside nuestra relación con Europa, se integraron unos al Río de la Independencia, se dispersaron otros, hartos de luchar no contra el clima ni la naturaleza hiperbólica de las crónicas, sino contra la burocracia palaciega de la Corte de don Juan VI y de don Pedro. Cuando ustedes vayan a Río visiten el Museo Nacional; allí están depositados por la Misión 42 cuadros de pintores europeos tan importantes como Tintoretto, Poussin, Canaletto, y un misterioso Von Kessel que exhibe una extraña monja coronada al modo mexicano y que en México, en el Franz Mayer, está representado por otra extraña "Alegoría americana" poblada de indios emplumados, monos, pájaros y frutas brasileñas.

Obras consultadas

Gean Maria Biltencourt, *A Missão Artística Francesa de 1816* 2a Edição Petrópolis, Museu de Armas Ferreira da Cunha, 1967

Afonso de E. Taunay, *A Missão Artística de 1816*. Brasília, Editora Universidade de Brasília, 1983 (Coleção Temas Brasileiros, 34).

Antonio Cândido, *Formação da Literatura Brasileira* (Momentos decisivos) 1o. Volume, São Paulo, Livraria Martins Editora, 1959